



A0082

21/10/1996

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA PRESENTACIÓN COMO CONFERENCIANTE DE JEAN LUC DEHAENE, PRIMER MINISTRO DE BÉLGICA

Madrid, 21-10-96

La Real Diputación de San Andrés de los Flamencos me honra al invitarme a compartir con todos ustedes esta sesión. Agradezco vivamente su cortesía por lo que vale en sí misma y porque lleva aparejada una tarea especialmente grata, como es la de presentarles a Jean Luc Dehaene, a quien ha sido encomendada la séptima lección conmemorativa Carlos de Amberes.

Bajo patrocinio real, y desde finales del siglo XVI, se han sucedido valiosas iniciativas y actividades en nombre de Carlos de Amberes. Esta serie de manifestaciones culturales, con su contribución para entender y apreciar cada vez mejor el engarce entre el pasado y el futuro, desemboca ahora en el espíritu que anima a esta Real Diputación, que hace ya algunos años tomó como referencia de sus actuaciones --es decir, de su comprometido y fecundo estudio del presente-- el proceso de integración europea. La línea que arranca en nuestro viejo interés por conocer y valorar las relaciones que vivieron los distintos pueblos de la Monarquía hispánica conduce hoy a esta aportación al acercamiento entre los españoles y los demás europeos. Por este noble empeño, la Real Diputación de San Andrés de los Flamencos merece la felicitación de todos, además de nuestro agradecimiento.

España y Bélgica han compartido muchos itinerarios.

Hoy tienen en común, además, sendas Monarquías capaces de enriquecer la unidad con la asunción de sus peculiaridades, de modo que la diversidad quede bien preservada. Y, en fin, su conexión actual, lejos de estar expuesta a diluirse por el proceso de integración europea, debe salir reforzada precisamente por ello, porque la Unión Europea no se concibe como una entidad que debilite o anule las relaciones bilaterales sino, por el contrario, que las agregue y las refuerce. La historia de la Comunidad Europea demuestra que las relaciones no se establecen según un sistema de vasos comunicantes por el que cada ganancia propia implica una pérdida ajena. La fortaleza de los Estados y de sus vínculos será una suma y no una resta en la fortaleza de la Unión.

España está decidida, ahora, a aprovechar la trascendental oportunidad que supone la Unión Europea. El impulso de la Conferencia Intergubernamental, la reforma de las

Instituciones, la ampliación de la Unión Europea y formar parte, por supuesto, del núcleo inicial de la Unión Económica y Monetaria se han convertido para nosotros en algo más que una atractiva posibilidad. En este momento, hay que pasar del devaneo a la determinación y del desear al querer; dos verbos aparentemente iguales, pero entre los cuales hay un escalón fundamental: la voluntad, la firme voluntad, de hacer las cosas. Hacerlas bien, hay que añadir, porque los españoles queremos ser en la Unión unos socios fiables, de los que pueda esperarse toda su capacidad de cooperación.

Si cada miembro aporta esta misma disposición, se cumplirá el ideal de que la Unión Europea se adapte a Europa y de que los ciudadanos europeos sean, en último término, los receptores de todas las ventajas de una integración provechosa.

En la búsqueda de esta meta necesitamos todos el saber y el estímulo de hombres como Jean Luc Dehaene, cuya larga y acreditada experiencia en el Gobierno de su país, en la vida política belga y en el desarrollo de la democracia cristiana europea le han convertido en uno de los líderes de nuestro continente. Antes de ser elegido en 1992 Primer Ministro del Reino de Bélgica, fue Ministro de Asuntos Sociales y Reformas Institucionales, Ministro de Comunicaciones y Viceprimer Ministro. Sus firmes convicciones y su penetrante mirada sobre Europa son una garantía de lucidez para iluminar el afán colectivo de progreso.

Me es muy grato darle al señor Dehaene la bienvenida a España y concederle la palabra.